

Hechos 2:37-47

Sermón Hechos 2:37-47 Pentecostés 2016 Génesis 11:1-9; Juan 15:26,27; 16:4b-11.

“Al oír esto, se compungieron de corazón y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: —Hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo: —Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo, porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llame. Y con otras muchas palabras testificaba y los exhortaba, diciendo: —Sed salvos de esta perversa generación. Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados, y se añadieron aquel día como tres mil personas. Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones. Sobrevino temor a toda persona, y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles. Todos los que habían creído estaban juntos y tenían en común todas las cosas: vendían sus propiedades y sus bienes y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Perseveraban unánimes cada día en el Templo, y partiendo el pan en las casas comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.” (Hechos de los Apóstoles 2.37–47)

En el Pentecostés, vemos el comienzo de la iglesia cristiana. Lo que dio inicio a la primera congregación cristiana, y lo que preservaba y dio crecimiento a esa primera congregación, es lo que crea y sostiene la iglesia hasta hoy. Nuestro texto es el resultado del sermón que Pedro predicó en el primer día de Pentecostés. Prestemos atención esta mañana a cómo nuestro texto nos revela que **El Espíritu Santo forma la iglesia con los medios de gracia**. Veremos que I. La ley anunciada por Pedro causó gran impacto en los corazones. II. Pedro les exhorta al arrepentimiento y a recibir el bautismo. III. El evangelio siguió produciendo sus frutos en la joven iglesia cristiana.

El texto comienza con la reacción a lo que Pedro predicó a la multitud que se reunió cuando el Espíritu Santo vino sobre los discípulos en el día de Pentecostés. Predicó sobre el texto del

profeta Joel, que había profetizado el derramamiento del Espíritu en la época mesiánica.

En ese sermón Pedro predicó el mensaje severo de la ley de Dios. Acusó a sus oyentes de ser culpables de nada menos que matar al Mesías que Dios había enviado para salvar a su pueblo. “A este, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándolo”. Sin embargo anunció que Dios lo había reivindicado, resucitándolo de los muertos y sentándolo a su diestra. Concluyó su mensaje diciendo: “Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha hecho Señor y Cristo”.

La ley anunciada por Pedro causó gran impacto en los corazones. Escuchamos en nuestro texto la reacción: *“Al oír esto, se compungieron de corazón y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: —Hermanos, ¿qué haremos?”*

Pedro había acusado a sus oyentes de haber matado al Hijo de Dios. El largamente esperado Mesías había llegado a ellos, y en vez de recibirlo con regocijo y fe, lo habían rechazado y matado. A la luz de lo que había pasado, la resurrección, el derrame del Espíritu Santo, no podían negar su culpa. Así que la ley había hecho su trabajo.

Reconocieron su culpa. Se nota cuando dice el texto que “se compungieron de corazón”. La palabra lo retrata como una espada traspasando su corazón. La contrición es los terrores azotando la conciencia. Sabían que merecían el juicio y la condenación de Dios por haber rechazado a su Ungido.

En su terror, piden a Pedro decirles qué debían hacer. ¿Podría haber todavía una esperanza para ellos? Ellos mismos no veían ninguna salida. No encontraban nada que ellos pudieran hacer para escapar el juicio. Por otro lado, el texto que Pedro había citado al comenzar su sermón dijo que “Y todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo”. ¿Podría haber esperanza para ellos?

Pedro da una respuesta que les extiende a ellos, y a nosotros que también somos pecadores, la esperanza. Les dice: *“Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo”*. Deben arrepentirse. Además de los terrores azotando la conciencia, deben ver que en Jesús, el mismo contra quien

habían ofendido, también está la esperanza, de hecho la seguridad de la salvación.

La exhortación a arrepentirse se dirigió en general a todo el público. Pero Pedro también individualiza. “*Bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo*”. Nadie puede arrepentirse por otro. Nadie puede creer por otro. La salvación no es asunto de pertenecer al pueblo descendido físicamente de Abraham, por ejemplo. Así que el bautismo es el inicio individual de una vida de ser discípulos de Jesús.

El bautismo es en el nombre de Jesús. No quiere decir que no hayan usado la fórmula de bautizar en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Pero es el bautismo que Jesús instituyó, y que da a la persona o fortalece en la persona la fe en Jesucristo como único Salvador.

El resultado de ese arrepentimiento y bautismo en el nombre de Jesús sería el perdón de los pecados. “*para perdón de los pecados*”. Quiere decir todos los pecados. Inclusive ese terrible pecado de haber rechazado a Jesús y sido responsables de su muerte. En realidad, nosotros también somos responsables de la muerte de Cristo. Son nuestros pecados y la pena que merecimos por nuestros pecados que llevaron a Jesús a la cruz cuando “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”. En nuestro bautismo también se nos ha dado el perdón de los pecados, y creyendo en esa promesa hecha en el bautismo, tenemos personalmente ese perdón.

“*Y recibiréis el don del Espíritu Santo*”. Esto también es un resultado del bautismo. No está hablando aquí de uno de los dones particulares del Espíritu Santo que él reparte a cada uno como él quiere. Está hablando del Espíritu Santo mismo como el don. Sólo es así que se obra en nosotros la fe que recibe el perdón de los pecados prometido en el bautismo. El mismo Espíritu que ese día fue derramado en forma visible y espectacular sobre los discípulos, vendrá a cada uno de los oyentes de Pedro que aceptan con fe el bautismo. El bautismo de agua y el Espíritu de que se habla aquí es el bautismo en el Espíritu Santo, y no se debe esperar otro bautismo en el Espíritu Santo como alegan algunos.

Esta promesa era para los que escuchaban a Pedro en ese día. Esa promesa del perdón de los pecados y del don del Espíritu Santo en el bautismo es también para sus hijos. Vemos así que los niños no están excluidos de estos dones del perdón y del don

del Espíritu Santo. Como dice la Apología de la Confesión de Augsburgo: “Que Dios aprueba el bautismo de los niños, queda demostrado por el hecho de que Dios da el Espíritu Santo a los así bautizados. Porque si este bautismo fuese vano, a ninguno le sería dado el Espíritu Santo, ninguno sería salvo, y finalmente, no existiría ninguna iglesia”. (Apol. IX, 3).

¡Y nosotros estamos incluidos! “*y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llame*”. No hay distinción de edad, no hay distinción de nacionalidad ni de raza. A todos aquellos a quienes se les anuncia la gracia y la salvación de Dios por medio de Jesucristo, les llega también la exhortación a arrepentirse y bautizarse en el nombre de Jesús para el perdón de pecados y se les promete el don que es el Espíritu Santo.

Pero no todos serán salvos. Los que persisten en rechazar la salvación por Jesús sólo irán a la destrucción. Así que no deben pensar que pueden guardar hostilidad a Cristo, ni siquiera a quedarse neutrales frente a él, y todavía esperar ser salvos. No hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos, sino el nombre de Jesucristo. Así que Pedro también exhorta a todos en la multitud que se reunieron en ese primer día de Pentecostés a escapar por medio de Cristo de la condenación. “*Y con otras muchas palabras testificaba y los exhortaba, diciendo: —Sed salvos de esta perversa generación*”.

El resultado fue un crecimiento vertiginoso de la iglesia. Si bien la iglesia hasta ese momento había constado de unas 120 personas, en el día de Pentecostés se agregó una gran multitud a esa primera congregación cristiana. “*Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados, y se añadieron aquel día como tres mil personas*”.

Tal vez no vamos a tener ninguna ocasión con un crecimiento tan espectacular como ocurrió en ese día. Pero tenemos los mismos medios con que el Espíritu Santo edificó la iglesia en ese día. Tenemos la ley y el evangelio de Dios para proclamar. Tenemos los sacramentos como el bautismo, como se aplicó también en ese día. Y estas cosas siguen siendo los medios por los cuales Dios forma y edifica su iglesia hasta ahora. “Para conseguir esta fe, Dios ha instituido el oficio de la predicación, es decir, ha dado el evangelio y los sacramentos. Por medio de éstos, como por instrumentos, él otorga el Espíritu Santo, quien obra la fe, donde y cuando le place, en quienes oyen el

evangelio. Éste enseña que tenemos un Dios lleno de gracia por el mérito de Cristo, y no por el nuestro, si así lo creemos”. (CA art. V).

Pero el Espíritu Santo no sólo forma la iglesia. También la sostiene por medio de su palabra y sacramentos. Así escuchamos de esa congregación en Jerusalén que *“perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones”*. Aquí escuchamos de la congregación que ponían alto valor en aprender constantemente la “doctrina de los apóstoles”. La referencia incluiría el contenido de lo que los apóstoles enseñaban, pero no como algo que ya habían captado y por tanto ya podrían omitir seguir aprendiendo. Más bien enfatiza la actividad de enseñar de los apóstoles y su asistencia constante y activa en recibir esa enseñanza. Eso es lo que producía la unidad, expresada en *“la comunión unos con otros”*. El *“partimiento del pan”* probablemente es una referencia a la Santa Cena, en donde Jesús alimenta a sus creyentes con su mismo cuerpo y sangre que dio y derramó por ellos en la cruz. Y se unían en las oraciones.

Los convertidos también mostraban un amor obrado por el Espíritu Santo unos para con los otros. Los que tenían posesiones compartían lo que tenían con otros que no tenían para sus necesidades. *“Todos los que habían creído estaban juntos y tenían en común todas las cosas: vendían sus propiedades y sus bienes y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno”*. Por la descripción mayor en el capítulo 4, podemos ver que no vendieron de una vez todo para ponerlo en una caja común. Lo que más bien quiere decir es que no consideraban lo que poseían sólo como suyo, sino algo con que ayudar también a los demás, de modo que repetidamente miembros más acomodados vendían posesiones o propiedades para poder ayudar a los hermanos necesitados. *“Perseveraban unánimes cada día en el Templo, y partiendo el pan en las casas comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y teniendo favor con todo el pueblo”*. Sus diarias visitas al templo permitían seguir dando testimonio de Jesús a sus compatriotas. Sus reuniones en casa permitieron que crecieran en el conocimiento y su práctica del compañerismo. En esos primeros días, y a pesar de la hostilidad de los líderes judíos, los cristianos podían alabar a Dios y generalmente gozaban de una actitud favorable de parte del pueblo.

Y con ese testimonio de palabra y de sus vidas, *“el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos”*.

Hermanos, tenemos al mismo Espíritu Santo que vino a su iglesia en el día de Pentecostés. Tenemos los mismos medios con los cuales el Espíritu formó y preservó esa primera congregación en Jerusalén. Sigamos también usando esos medios, para que también entre nosotros el Señor mismo siga edificando nuestra iglesia. Y demos testimonio de nuestra fe también por el amor que el Espíritu infunde en nosotros para con los hermanos. Amén.